

tratándose de una obra de vulgarización y que aspira a producir resultados prácticos en la dirección de la hacienda pública de Colombia, he creído necesario reforzar con la opinión de aquellos ilustres profesores tesis sobre las cuales estimo útil que se forme una opinión firme y consciente.

Si este libro llegare a ser objeto de una benévola acogida por parte del público, procuraré, con el favor divino, hacer de él una segunda edición, que contenga algún estudio más detenido sobre las haciendas locales, que no ha habido tiempo de incluir en la presente.

Ojalá que este esfuerzo, desinteresado y sincero, sirva en alguna forma al progreso y bienestar de la patria colombiana.

Bogotá, julio de 1925.

ESTEBAN JARAMILLO

---

## POBRECITOS SIN UNA VICTROLA...

---

(Pues... al doctor J. I. Vernaza, ministro y lógico cordial también).

Don Azarías se levantaba a las cinco de la mañana. Era infalible; siempre a las cinco. Al enderezarse, medio descubijaba a doña Romelia; volvía, con sumo tiento, a cubrir su cuerpo abandonado y grueso; casi desnudo se sentaba al borde de la cama con los pies en el suelo; limpiaba los ojos; se ponía los rudos botines, y, desabotonados los pantalones, resobándose las manos, salía arrastrando los pies, a lavarse la cara, un poco anémica, en una taza azul con pajaritos pintados por dentro. Mientras se ponía el cuello y una vieja corbata ante un espejo pequeño con una quebradura y fijo a un



pilar de la casa, chica, de pura madera de los cimientos al techo, silbaba con impetu un aire militar, que se enredaba a las robustas matas floridas por siempre y adornadas de perlas de lluvia, que eran el jardín interior. Lo último era el peinado, partiendo los contables pelos de una grande cabeza casi calva.

Fifi... fi... fe... fu... fu... fifi...

De las seis y media a las siete de la mañana iban con voluntad de ruegos maternos los muchachos a la escuela. Los primeros, los más madrugadores, caminaban despacio, con sus pizarras y cuadernos bajo el brazo, charlando y chapuceando; y, cuando ya sonaban las siete, los últimos pasaban con un trote menudito y cara de angustia.

El patio de la escuela siempre gris, de arena; plano, planísimo; enteramente cuadrado. Tras de las cercas, los frutos de los platanos, rotos a perdigonazos, no maduraban jamás.

Todos los días el sol de Armenta, casi horizontalmente, entraba por las rendijas, las ventanas y otros rotos de la escuela. Un polvillo rubio volaba en los rayos que cruzaba el salón.

Don Azarías se despedía de doña Romelia que nunca abría los grises ojos antes de las ocho de la mañana. Entrometía la cabeza ensombreada por entre la cortinilla ordinaria que cerraba el cuarto. Después de respirar el aire de afuera, rico, libre, venido de la sierra, el de adentro era pesado, asfixiante.

—Hasta luégo, pues; cuidado te coge el día.

—Bueno mijito... vuelve ligero... —ni se movía doña Romelia.

Encendía un cigarrillo. Iba siempre con un libro bajo el brazo. Su vestido gris siempre estaba limpio, aunque deformados los bolsillos y abultadas las rodi-

lleras; una mano sin un dedo, perdido en la guerra de tres años; la barba entrecana; calvo casi, como ya vimos; narigón y unos ojillos de aguja. Caminaba erguido.

Al llegar, llamaba:

—A la clase...

—«En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo...» Luégo un grave silencio. Se oía el chorro del pozo, cantarino y tan limpio.

\* \* \*

—Arias Manuel,

—Presente.

—Botero Ismael,

—Presente.

—Buitrago Germán, ... ¿no vino?

—No, señor. No vino...

Inmediatamente suspendía la lista.

—Yo no pregunto jamás por quien falte. ¿No es verdad que sería molesto que alguno de ustedes, por decir la verdad, porque somos unos hombres honrados, tuviera que denunciar a un amigo? Sí... Y un amigo vale un tesoro.

Era un verdadero maestro.

\* \* \*

Una mañana antes de salir el sol habló del sistema solar. No pudo explicar el maravilloso concierto astral, y cansado dijo:

—Descansemos. Contemos algo, cualquier cosa; charlemos...

El sol se fue colando y puso sus alados columpios de los barrotes de las ventanas a las paredes interiores; el polvo danzó en los rayos.



—Ahora sí, mis amigos, vean unos mundos en pequeño; así como éstos....

Era un verdadero maestro.

\* \* \*

Antes de empezar la clase de aritmética, que era por los patios, contando las pencas del cabuyal, calculando las fibras, sumando, restando...., preguntaba:

—Antes de la clase, qué hay?

Y todos contestaban.

—El Himno nacional.

—Oh, sí... el Himno! ¡Lástima que yo no cantara muy bien! ¡Ah, si tuviéramos una victrola!....

¡Oh, gloria inmarcesible..

\* \* \*

Esa queja de don Azarías: ¡ah, si tuviéramos una victrola!, en estos tiempos de desequilibrio de amor patriótico y de odio al banco escolar, envuelve, quizá, una fórmula vital. El nervio patrio enflaquece, porque cuando es plástico, no se vitaliza con el vigor de la unión, preparando el espíritu joven para una futura fuerza mayúscula, sino que en aborrecibles fuentes, se lleva al alma-promesa de la Patria un prematuro cansancio, un pesimismo maldito, que negará al empuje venidero el sustantivo valor de una necesaria conjunción milagrosa de fe nacional.

Y es la escuela la llamada a obrar estas fecundas reacciones del espíritu, cuando aún es simple el de los niños, pero eminentemente plástico para el vicio o para la virtud habituales que toman carta de naturaleza en el hombre; la segunda de los filósofos.

Hay que hacer amar la escuela, y no con razones que no arraigan en la vibrátil fantasía infantil; no con

fórmulas disciplinarias. Es necesario coger las alas de la inquietud nueva por el sistema de san Francisco de Asís, que hizo que a sus pláticas bajasen las ariscas avecillas del aire. ¿A qué sujetar la razón si es una esclavilla de la fantasía? Consígase ésta que es el eje del mundo, el tronco vital; lo demás viene como el fruto del árbol: la razón, el cálculo.

La pura disciplina, nunca alcanzada, estéril, que es el fastidio escolar, el aborrecimiento del banco lleno de letreros de fantasías rebeldes, atrofia, enferma, ahuyenta.

La filosofía, que es la única ciencia que razona en absoluto apartamiento de la fantasía, so pena de errar, es la más aborrecida disciplina.

La poesía, la más amada, es un inacabable aletear.

Al ajeteo escolar, fundado en amor ganado al espíritu del niño que va a la labranza diaria de sus facultades por sí y porque sí, póngase la sal del mundo que es la patria, y así, sobre el yunque del corazón, los maestros, al moldear voluntades candentes, verán saltar chispazos de amor y de fe.

Tú adivinabas, don Azarías, que la patria se olvida....

Oh, tu victrola para llevar como pajaritos franciscanos tus niños al banco de tu clase; tu victrola para que volase la fantasía de tus amiguitos, el eje del mundo; tu victrola para enseñar con los cantos heroicos, un fanático, sí, fanático amor a la gloria, al presente y al futuro patrios, porque luego no ignoremos de dónde somos hijos!

Salve don Azarías!....

ONEL MARQUEZ

Oficial.